





EL  
AMIGO  
DEL REY



EL  
AMIGO  
DEL REY

SANTIAGO BLASCO



algaida



Diseño de cubierta: Jose Luis Paniagua

Primera edición: 2021

© Santiago Blasco, 2021

© Algaida Editores, 2021

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN: 978-84-9189-490-2

Depósito legal: SE. 250-2021

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*A Pilar.*  
*Mi pareja, mi compañera, mi confidente.*  
*La defensora de mis causas perdidas,*  
*mi amante.*  
*Quien mejor me conoce,*  
*Mi amiga.*





# ÍNDICE

CAPÍTULO I . . . . .	11
CAPÍTULO II . . . . .	23
CAPÍTULO III . . . . .	36
CAPÍTULO IV . . . . .	47
CAPÍTULO V . . . . .	62
CAPÍTULO VI . . . . .	75
CAPÍTULO VII . . . . .	86
CAPÍTULO VIII . . . . .	99
CAPÍTULO IX . . . . .	115
CAPÍTULO X . . . . .	126
CAPÍTULO XI . . . . .	140
CAPÍTULO XII . . . . .	152
CAPÍTULO XIII . . . . .	165
CAPÍTULO XIV . . . . .	177
CAPÍTULO XV . . . . .	189
CAPÍTULO XVI . . . . .	201
CAPÍTULO XVII . . . . .	212

CAPÍTULO XVIII .....	224
CAPÍTULO XIX.....	237
CAPÍTULO XX.....	251
CAPÍTULO XXI.....	264
CAPÍTULO XXII .....	278
CAPÍTULO XXIII .....	289
CAPÍTULO XXIV .....	300
CAPÍTULO XXV .....	310
CAPÍTULO XXVI .....	322
CAPÍTULO XXVII.....	332
CAPÍTULO XXVIII.....	343
CAPÍTULO XXIX .....	355
CAPÍTULO XXX .....	366
CAPÍTULO XXXI .....	377
CAPÍTULO XXXII.....	388



## CAPÍTULO I

**E**L HIDALGO ESPAÑOL JUAN PABLO DE CARRIÓN SE CALMÓ y se quedó en silencio, tal como le rogaron. No obstante, realizó un movimiento inconfundible con la cabeza que claramente indicaba que prestaba su consentimiento a lo solicitado por la joven Manyi.

Todavía permanecían cubiertos hasta el cuello por el agua caliente, en el interior de la cuba, cuando ella misma cogió las manos del señor de la casa para dirigirlas, muy despacio, a lo largo de un recorrido sensual por todo su cuerpo. Comenzó por la cabeza, para que pudiera ensortijar sus finos cabellos negros que todavía permanecían secos entre aquellos fornidos dedos muy castigados por mil combates. Lo incitó a que le deshiciera el moño con el fin de que pudiera jugar a su antojo con su larga y siempre escondida melena.

Las yemas de los dedos de Juan Pablo estaban guiadas en todo momento por las de Manyi, al menos hasta que dejaran de ser novatas en el complicado arte del juego de seducción que acababa de comenzar. Debían poner el máximo inte-

rés en aprender a acariciar sus sienes con movimientos suaves y circulares, para después palpar con extrema suavidad la frente de la joven con pequeños, casi imperceptibles, toquecitos continuados que en todo momento estaban acompasados con el ritmo de aquella música que de fondo se podía escuchar en la sala. Esos movimientos eran iniciados únicamente por las falanges, porque querían imitar el efecto de una serie de levísimos golpecitos de tambor.

Siguieron los pabellones auriculares, que recibieron sutiles masajes en los lóbulos. En esos precisos instantes, por el acomodo de su cuerpo, Manyi insinuó a Juan Pablo que se arrimara para abrazarla, a la vez que se acercaba a mordisquearle delicadamente uno de los lóbulos y así corresponderle de una manera extraordinariamente sensitiva, como él nunca había experimentado. Aquellos escalofríos que de inmediato comenzó a sentir, a pesar de encontrarse sumergido en agua caliente, en algunas ocasiones le hacían olvidar su promesa inicial de dejarse hacer, y el ímpetu del soldado español quería llevar la iniciativa por su cuenta. Pero enseguida ella lo evitaba con radicales cambios de estrategias que conseguían calmar la satisfacción de sus apetencias sexuales.

El cuello y los hombros le resultaron finísimos al tacto, no solo por lo cuidado de la piel, sino también por su esbeltez. Piel increíblemente blanca que contrastaba con el color azabache de aquellos mechones, cuyas puntas se dejaban caer más abajo de la nuca. En este punto, Juan Pablo comenzó a insistir con permanentes ademanes de querer descubrir sus secretos más íntimos. Deseaba llegar a los sitios más ocultos y de más difícil acceso. Esos que una virgen suele reservar para el hombre de su vida, para aquel que elige como su única pareja. Le motivaba pensar que podría ser el primero, y esta vez la joven

le dio gusto, porque lo acompañó con sus manos para que pudiera reconocer sus encantos mejor guardados.

Enseguida el soldado sintió que recogía entre las palmas de sus manos unos pechos tersos, suaves y pequeños. No podía verlos, pero simplemente al tacto notó que resultaban demasiados pequeños en comparación con el tamaño tan extraordinario de los pezones. Esa era la característica que creyó apreciar nada más girarse su invitada, y ahora podía comprobar la existencia de semejante detalle. En su larga vida repleta de desventuras y amoríos, seguro que el de Carrión había visto, acariciado y besado multitud de pechos de formas y volúmenes diferentes. Pero jamás encontró unos pechos de mujer tan endurecidos como consecuencia del ejercicio continuado.

Sin embargo, por sus equilibradas formas, no perdían en absoluto una apetecible feminidad. Sus aréolas, bien marcadas y suficientemente extensas, constituían las bases idóneas para que crecieran desde su centro unas torres rígidas y circulares, que debían alcanzar una altura de al menos dos centímetros. Durante algunos insaciables minutos, Juan Pablo se los pasó entre sus dedos para comprobar que aquellos pezones en verdad existían; eran reales y, además, los tenía a su merced con el único propósito de gozar de ellos.

Parecía que el proceso de preparación había llegado a su punto de finalización, y el viejo soldado español pensó que ahora tocaba rematar como buen amante. ¡Pero nada más lejos de la realidad! Su pasión nuevamente quedó frenada por la intervención de Manyi, que rápidamente salió de la cuba de madera y de la mano lo arrastró hacia afuera. Ambos se aclararon con pequeños cazos, también de madera, para quitarse el jabón que todavía les quedaba esparcido por el cuerpo.

Juan Pablo se resistía a salir porque todavía tenía muy presente la prueba de su pasión. Pero a nadie pareció importar semejante hecho, pues todas las ayudantas actuaron con suma naturalidad, como si lo vieran como algo normal, sobre todo, porque se trataba de una situación muy especial en la que todo el mundo conocía de antemano el objetivo principal. Solo después de aclararse mutuamente, fue cuando el de Carrión pudo contemplar a Manyi en todo su esplendor y belleza. Circunstancia especial que volvió a ponerlo en clara evidencia.

Totalmente al descubierto, observó que aquellos pezones que acababa de acariciar eran del color del ébano. Y además contrastaban enormemente con el blanco de la piel. El sexo lo mantenía completamente rasurado y la hacía parecer todavía más joven con relación a los años de él. Pero no solo la comparación servía para ella. También llamaba mucho la atención la finura del cuerpo de Manyi con respecto al físico de Juan Pablo. Un hombre curtido que a través del nutrido bello de su pecho, ya canoso y rizado, dejaba entrever profundas y largas cicatrices que recorrían gran parte de su castigada carne. Por edad, por aspecto, por costumbres tan dispares, por religión y muchas más cosas, era muy diferente al modelo ideal de joven oriental. Y, sin embargo, por alguna razón que ni él mismo conseguía comprender, atraía a aquella belleza sin igual del reino de Ryukyu.

Para entonces, y aunque permanecían ambos abrazados, Juan Pablo desconocía por completo cuál sería el siguiente paso de tan largo proceso. Pero prometió dejarse conducir, y no dijo ni hizo nada. De todos modos, hasta el momento todo le había resultado novedoso y excitante, por lo que prefirió averiguar el resto del ritual. Llevado de la mano por su guía, pasaron a la sala contigua para por fin quedarse a solas. No

obstante, la música que provenía de la sala de baño que acababan de abandonar podían escucharla con total nitidez.

Se mantenía la tenue luz de varias velas encendidas en los lugares más estratégicos, y en una parte del suelo había colocada una especie de colchoneta con relleno mullido de paja de arroz con la base de bambú. A su lado, un cuenco que contenía la mezcla obtenida por la combinación de agua templada con el aceite de algas que Manyi compró por la mañana. Más alejado, localizó otro recipiente mucho más grande que se mantenía a fuego lento sobre una pequeña llama que evitaba el enfriamiento del agua que contenía.

La joven comenzó a verter el contenido del cuenco sobre su propio cuerpo. En pequeñas cantidades lo dejaba caer desde el cuello para que cubriera sus pechos y poco a poco se descolgara hasta impregnar con su extraña viscosidad el pubis, la zona genital y el resto de su cuerpo hasta llegar a los talones.

—¡Parece algo pegadizo este mejunje! —exclamó Juan Pablo al tocarlo.

—Eso parece al principio. Pero no lo es. Si acaso, resbaladizo.

A continuación, repitió el mismo proceso con Juan Pablo.

—¿Qué vais a hacerme?

—Os voy a dar un masaje como jamás lo habéis recibido. Viene de tierras muy lejanas y dicen que su técnica tiene mucha antigüedad.

—¿Lo habéis dado muchas veces?

—¡Nunca!

—Entonces, ¿cómo es que lo sabéis dar?

—Quiero decir que nunca se lo he dado a nadie. Pero desde hace muchos años, desde que era una niña, un grupo de

seleccionadas ensayamos con muñecos fabricados para tal propósito.

—¡Entiendo!

—Para mí, igual que para vos, será la primera vez que lo experimento con un cuerpo de verdad.

—Esto va a ser mucho más excitante de lo que había imaginado.

Manyi se ayudó con las manos para llegar hasta las partes más difíciles del cuerpo de Juan Pablo, allí donde por sí sola no accedía aquella mezcla resultante de la combinación del agua con el aceite obtenido por la acción de machacar y luego exprimir las algas marinas. El primer objetivo consistía en que ambos se quedaran completamente impregnados, lo que se consiguió mediante la aplicación a base de tiernas caricias que la joven no cesó de regalar al soldado español. Mientras tanto, el hidalgo español correspondía de la mejor manera que se le ocurría, aunque resultaba evidente su gran torpeza en comparación con la maestra.

Los besos y arrumacos que la joven comenzó a proporcionar sin descanso, una vez que los inició, ya no quiso escatimarlos ni por un segundo. Por algún tiempo se mantuvieron de pie, y ella, pecho contra pecho, permanecía abrazada a su cuello como si su propia vida dependiera por completo de la fortaleza de su hombre. Con las bocas muy cerca, se rozaba suavemente como si quisiera susurrarle a través de los labios algún secreto que solamente con él quería compartir.

Por momentos parecía que estuviera a punto de desmayarse ante tanta pasión desatada. Pero el soldado palentino, cuando intuía que, tal vez, podía ser cierto que su amada oriental perdiera el conocimiento, la sostenía en volandas y ofrecía su antebrazo como apoyo para que lo utilizara como



asiento, a la vez que facilitaba que con las piernas a horcajadas rodeara su cintura. Comoquiera que fuera, verdadera o fingida, esa actitud sumisa le hacía sentirse el hombre más importante en la vida de aquella preciosa mujer.

Fue ella quien invitó a Juan Pablo a que se tumbara boca abajo sobre la colchoneta cuando entendió que ambos ya estaban suficiente impregnados de la mezcla. Tendido, lo primero que sintió fue el cuerpo de la joven que se echaba materialmente encima para masajearle la espalda con sus propios senos. Aquella era una sensación diferente que jamás había experimentado. A pesar de los continuos movimientos y presiones, tenía la suficiente sensibilidad para apreciar con toda nitidez los intensos roces de los enormes pezones en su piel.

Aquel aceite que utilizaron era impresionantemente resbaladizo, lo que permitía que los cuerpos se deslizaran, uno sobre otro, con total facilidad y sin ningún rozamiento agresivo. Por su parte, Manyi adoptó mil posturas diferentes para acariciar a su hombre en toda su extensión. Utilizó alternativamente los pechos, el vientre, las nalgas, e incluso su propio sexo, los muslos y las puntas de los dedos de los pies. Sus manos no sólo relajaban los músculos, sino que también eran capaces de penetrar hasta los puntos más escondidos del soldado español. Todo era válido con tal de proporcionarle placer infinito. En cuanto a Juan Pablo, aguantó como mejor pudo aquella prueba de resistencia contenida, por la intensidad a la que fue sometido de manera tan cariñosa.

La delicadeza estaba muy presente en todas las acciones de aquella belleza oriental, quien al cabo de un rato permitió a Juan Pablo que pudiera darse la vuelta para quedar tumbado boca arriba. Las palmas de sus manos recorrían con precisión milimétrica el cuerpo del viejo soldado, a la vez que se

ayudaba con las yemas de los dedos para preparar su debida atención antes de que iniciara otro de sus motivadores movimientos sensuales. Se abrazaba al torso del hombre para de inmediato incorporar la cintura y así dejar al descubierto aquellos grandes pezones que hábilmente acercaba hasta la boca de Juan Pablo para luego acariciar con ellos su rostro.

Mientras tanto, el de Carrión intentaba agarrarla de algún sitio para de alguna manera contener su ímpetu, pues notaba cada vez con más intensidad que, a pesar de sus años, la primera descarga no parecía que pudiera ser retenida por mucho más tiempo. Pero cada vez que creía que ya lo había conseguido, ella se le escapaba de entre los dedos igual que si fuera una sardina recién pescada. Lejos de abandonar el ritual erótico, Manyi reaccionó sentándose sobre el miembro viril para excitarlo a través de voluntarias contracciones que realizaba igual que si se tratara de una danza de fertilidad al más puro estilo oriental.

Aquello fue demasiado para un marino que llevaba muchos días sin estar con mujer alguna. Sin previo aviso, casi por sorpresa, ante lo inevitable, disparó una primera andanada que se perdió en medio del horizonte agitado del cuerpo de Manyi, quien lo recibió con verdadera alegría y alborozo.

—¡Qué bien! ¡De sobra sabía que lo conseguiríais! —exclamó la joven satisfecha.

—¡Pues yo no lo tenía tan claro!

—¡Os faltaba la motivación necesaria! ¡Tan solo eso!

—Os quiero dar las gracias.

—¿Por qué?

—¡Porque me habéis rejuvenecido veinticinco años!

—¡Os agradezco el cumplido! ¡Pero todavía no hemos terminado!

—¿Qué falta, pues?

—¡Que acertéis en el blanco!

—¡No sé si podré otra vez!

—¡Dejadme hacer y pronto lo comprobaremos! ¡Es cuestión de dar tiempo al tiempo!

—¡Como digáis, mi señora!

Comenzaron de nuevo, casi desde el principio con el mismo proceso, tal vez para dar ese tiempo de recuperación que Manyi consideró que necesitaba Juan Pablo, a fin de que pudiera recargar su arma. Pero en esta ocasión, a diferencia de la primera, a la vez que se acariciaban y reponían el aceite consumido, también mantenían una conversación acerca de las pretensiones de cada cual.

—Estoy decidido a quedarme en vuestro reino hasta el fin de mis días.

—Me parece una muy buena decisión. Aquí seréis querido y respetado por todos. Nadie os importunará.

—¿Y vos? ¿Qué planes tenéis para el futuro?

—¡Está claro que me he entregado a vos! Para mí sois el primero, y por tanto el único, salvo que me rechazéis.

—¿Cómo podría rechazaros? Pero sois una mujer joven y podríais optar por pretendientes más jóvenes y, por tanto, con más años por delante.

—Ya hice mi elección, y no me arrepiento.

—¿Y ahora? ¿Qué se supone que debo hacer?

—Si queréis continuar conmigo, tendréis que pedir permiso al señor de la casa a la que pertenezco para que consienta el cambio.

—¿Me exigirá algo a cambio?

—¡Está obligado a pedirlo por ley!

—¿Qué suele ser?

—Varía mucho, según la condición de cada doncella.

—¿Quién es el señor de vuestra casa?

—¡El gobernador Satto!

—¡Claro! ¡Cómo no se me había ocurrido antes! ¡Bien pensado, es lógico que así sea!

—Me hace muy feliz que lo entendáis.

—No creo que haya ningún problema con el gobernador Satto. Somos buenos amigos y estoy seguro de que llegaremos a un buen acuerdo para los dos.

—En verdad espero que así sea, mi señor.

—Hablaré con él a la primera oportunidad que tenga. Quiero dejar este asunto zanjado cuanto antes.

Para entonces, el mástil de la vela mayor de Juan Pablo había vuelto a izarse y parecía que ya estaba dispuesto para un segundo asalto, por lo que permaneció tumbado boca arriba a la espera de que la joven hiciera con él lo que quisiera. Manyi comenzó a mordisquear el dedo gordo de uno de sus pies, a la vez que con las manos lo acariciaba por doquier. Muy lentamente, muy poco a poco, pasaba de un dedo a otro hasta que completó los diez de los miembros inferiores. Se abrazó múltiples veces entre sus piernas. Fácilmente, se dejaba resbalar mediante el roce de ambos cuerpos para cambiar de posición, con el único objetivo de excitarlo, tanto con los pechos y el pubis como con la espalda y los glúteos.

Al notar que el grado de máxima excitación de Juan Pablo estaba muy próximo, solo tuvo que dirigirlo por el camino correcto para permitir que se deslizara sutilmente entre las profundidades más codiciadas del tesoro que mejor había guardado para ofrecerlo al hombre elegido en el momento preciso. Había nacido para ello, y ahora debía culminar la educación recibida durante sus años de formación. Luego,

bastaron dos o tres estremecimientos muy medidos para que quedaran completamente acoplados. Para entonces, la primera sensación que percibió el de Carrión, nada más penetrarla, fue que la vagina se encontraba lo suficientemente dilatada, a la vez que lubricada, para trasmitirle una sensación de máximo acomodo como nunca antes había experimentado.

Nada sobraba, ni se apreciaba en modo alguno que existiera la más mínima holgura. Las paredes vaginales sujetaban con fuerza el miembro para proporcionarle el máximo placer. Por tanto, le pareció que el ajuste había sido de una precisión realmente medida. Él ponía todo su empeño en aguantar de esa manera tan comfortable lo más que pudiera. Quería permanecer en aquel nido de amor todo el tiempo que le fuera posible. Para ello, intentó pensar en otras cosas muy lejanas, y a ser posible contrapuestas con lo que allí se solventaba. Comenzó por los graves problemas suscitados con sus esposas. Luego, recordó sus viejos amores clandestinos, y hasta algunos momentos de su infancia que había compartido con sus padres ya fallecidos.

Toda tentativa por evitar lo inevitable resultó fallida. Sin nada más en su haber con que contener aquella riada que estaba a punto de sobrepasar todos sus controles, en cuestión de segundos se desmoronaron, igual que si fueran castillos de arena, los débiles diques de contención que Juan Pablo intentó levantar para impedir que se produjera el desbordante torrente. Por su parte, Manyi se encontraba también muy excitada ante lo que suponía para ella recoger por primera vez, sobre su laguna, aquella brava corriente y convertirla en aguas mansas y tranquilas.

Exhaustos, agotados por el esfuerzo, sin decirse nada, permanecieron acurrucados sobre la colchoneta con base de

bambú y relleno de paja de arroz mullida. No era que no tuvieran nada que contarse. Pero de momento, solamente quisieron recuperar las fuerzas y, a la vez, aprovechar esa paz interior del corazón para recordar aquellos intensos momentos que acababan de compartir juntos. Antes que hablar, prefirieron retenerlos guardados en ese baúl que cada cual lleva prendido de su alma como si fuera la única verdad que cuenta en la siguiente vida. Abrazados, ambos sintieron que habían encontrado a su pareja perfecta. Así se quedaron dormidos, mientras esperaban a que la llegada del amanecer los cubriera con sus apetecibles rayos solares.